

PERDÓNEME PADRE, PORQUE HE PECADO

La iglesia era enorme y olía a incienso. Siempre lo hacía después de un funeral, y últimamente parecía no haber otra cosa en el pueblo.

José Orlando avanzaba por la nave ágilmente. Casi nervioso. Sus pasos resonaban estrepitosos sobre las baldosas de mármol pulido. Pese a que era un hombre de dios, las iglesias europeas le daban un cierto repelús. Siempre tan vacías y frías con aquel perpetuo olor a muerto. En su país las cosas no eran así. Los templos allí eran coloristas y luminosos. Las familias participaban en la eucaristía y se cantaba y tocaba la guitarra. Aquí no. Aquí parecía que la misa era un coto reservado para cuatro viejas, cuyo cuerpo les pedía tierra y cuyas formas rígidas de entender la fe, hacían que la suya flaquease.

Mujeres como Doña Angelines, que le esperaba sentada, pequeña y recogida en el extremo del banco, junto al confesionario.

Hoy era día de confesiones y José Orlando había citado a sus feligreses a las ocho de la tarde en la iglesia parroquial. No había venido nadie. Lo normal, vamos, en aquella comunidad descreída que no reconocía ser atea por simple apego a viejas costumbres.

La excepción eran los pocos como aquella anciana, rémoras de otra época donde la religión lo impregnaba todo. La supervivencia de gentes como ella debería alegrar a un sacerdote, pero ocurría justo lo contrario. Su visión envarada del culto chocaba con las ideas renovadoras del joven párroco. La mayor dificultad para sus planes de renovación en la parroquia, vinieron de Doña Angelines y sus escasas amigas. Las que debían ser sus fieles escuderas, se habían convertido en enemigas de sus sermones, de sus conciertos, de sus quedadas para jóvenes... De todo lo que oliera a nuevo y renovador en la iglesia. Dado que él era el sacerdote y ellas devotas cristianas, no tenían más remedio que colaborar en el día a día de la iglesia. Por poco que eso gustase a ambas partes.

—Buenos días, doña Angelines ¿Cómo está usted? —El cura intentó poner su mejor sonrisa y su tono de voz más conciliador.

—Bien, bien... —sonrió la menuda anciana debajo de sus gafas— aquí estamos. ¿Tú todo bien? ¿Te ha ido bien el día?

José Orlando estaba convencido que Doña Angelines le odiaba fervorosamente, pero jamás lo diría a las claras. A veces, solo a veces, cuando se enfadaba, dejaba ver entre las costuras de su carcasa, la bruja despiadada que en realidad era.

—Todo correcto, Doña Angelines. ¿Le parece si comenzamos?

—Sí, porque no ha venido nadie más.

El joven párroco se sentó en el incómodo y viejo banco de la iglesia junto a su feligresa, —se negaba a estar encerrado en aquel viejo cajón mohoso que era el confesionario— se puso la estola e hizo el signo de la cruz.

—En el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo —dijo Doña Angelines con recogimiento—.

—El señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte y confesar humildemente tus pecados. —contestó José Orlando.

La abuela suspiró y tras un instante de duda, comenzó a hablar.

—Últimamente he cometido muchos pecados, Orlando.

—Bueno, Doña Angelines, no será para tanto. Nuestro padre es misericordioso y sabe perdonar las afrentas de sus hijos.

—He tenido mis razones, eso también es verdad. Y lo cierto es que no me arrepiento de nada.

—Eso sí que no está ya tan bien, Doña Angelines, usted sabe que el arrepentimiento es fundamental para el perdón de los pecados.

—Ya, —dijo la anciana encogiéndose de hombros— lo sé. ¿Pero sabes tú algo? Que tengo muchos años. Bueno, a mí no me parecen tantos, pero resulta que ya me he vuelto vieja, y lo que es peor, enferma. ¿Sabes que hace cosa de un año los médicos me dieron precisamente un año de vida? Bueno, de momento sigo aquí, pero no por mucho tiempo, estoy segura.

“mala hierba...” —pensó Orlando—

—¡Doña Angelines! ¡Qué me está contando! —disimuló el cura.

—Sí. Aquello me hizo pensar mucho acerca de la muerte. ¿Sabe? No me sentía preparada. Todo lo contrario. Estaba enfadada. Rabiosa. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Desde que murió mi marido y los inútiles de mis hijos hacen sus vidas... era feliz. Con mis achaques, sí. Pero por fin era libre para tener una cierta vida independiente. Pero claro, se ve que el señor tenía otros planes para mí.

—No podemos saber cuáles son las pruebas que el señor nos pone en nuestro camino.

—Pues esas pruebas llevan toda la vida amargándome. No le he pedido mucho a la vida. Me conformaba con poco. Pensaba que estos años de plácida e incluso divertida vejez

eran mi recompensa, pero ahora ni eso. Y pensé... Se acabó ser la buena. Se acabó aguantar. Ahora verán.

—Creo que no la estoy entendiendo, Angelines.

—¿Conoces al Robert? El marido de la chica de la Paqui. Aquel chico grandote y simpático que trabaja en la obra para los Albertos.

—No...

—No, claro. Tú que vas a conocer. Llevas años aquí y aún no te sabes el nombre de nadie del pueblo. Bueno, pues es buena gente. Igual no muy espabilao, pero resulta que fue militar y estuvo en la guerra de por allá, no sé dónde... lo pasó muy mal el pobre. Un día me lo contaba. ¿Sabes? Al volver aquí quería trabajar, pero, todo el mundo le miraba mal... no se fiaban. El caso es... Que le ofrecí un trato. Le daría todo mi dinero, todo, si me ayudaba... — la abuela hizo una pausa como si escogiera con cuidado sus palabras— a poner un poco de orden en el mundo.

Doña Angelines miró la cara de pasmo del sacerdote que no sabía que decir.

—je,je,je... cómo te has quedado. Sí, mira, yo... He ahorrado mucho en mi vida y hace tiempo que saqué gran parte de mi dinero del banco. Pagué a Robert y empezamos nuestra tarea de justicia... había tantas cosas por hacer en este pueblo.

—No sé a qué se refiere, Doña Angelines.

—Tú eres joven, ni te habrás dado cuenta. ¿Pero sabes lo insultante que es, que vayas al banco a por tu dinero, y un niñato estúpido te diga que no quiere atenderte, que vayas al cajero o que lo hagas todo por internet? Eso hacía aquel crío que trabajaba allí.

José Orlando hizo memoria. Recordaba a los empleados del banco. Especialmente a uno, Raúl, un chico joven que murió hacía cosa de un mes en un extraño accidente de moto. Todo el pueblo quedó consternado. El funeral fue masivo. Ni en las fiestas estaba la iglesia tan llena.

—Bueno... —dijo Angelines— por ahí hicimos algo de justicia ya. Y ¿sabes Canales, el de la panadería? Que engreído y prepotente era ese muchacho. Igual pensaba que por haber convertido la panadería de sus padres en una cafetería era el rey del mundo... La gente... Yo no sé.

Canales... —pensó Orlando—Una estufa de gas en mal estado le mató cerca de navidades... Otra tragedia.

—Y los de la herboristería... Que gentuza. ¿Te acuerdas cómo iban vestidos siempre? Ella medio desnuda y él, siempre descalzo... Qué asco. Hippies. No hace falta decir más. A nadie le extrañó que un día se pusieran hasta arriba de mierda y... —Doña Angelines torció el gesto— kaput. Ahí Robert no tuvo que pensar mucho.

—Doña Angelines... ¿Qué me está queriendo decir? —preguntó Orlando con un nudo en la garganta.

—Ya ves, hijo. Fuimos cuidadosos. No por mí, que ya todo me da igual. Más por él, por Robert, que tiene un niño pequeño, y no sería justo que fuera a la cárcel por tonterías como estas.

La cabeza del sacerdote funcionaba a todo trapo. En el último año los funerales en el pueblo se habían multiplicado. Mucha gente joven. Accidentes estúpidos, extraños ataques al corazón y en el último mes habían sido tres, una de ellas vecina de Angelines... Orlando miró a la viejecita sonriente que le miraba con su vestidito modesto y con ojos chispeantes detrás de sus gruesas gafas.

—Sí, Orlando, sí, —asintió— fui yo. Que parece que hay que explicártelo todo, de verdad. Ay, señor... pero ya estamos acabando. Me queda poco tiempo y poco dinero también.

—Doña Angelines, si ha... propiciado esas muertes. No puedo perdonarla, su alma irá al infierno. Está condenada.

—Ya ves tú, a estas alturas, lo que eso me importa. Pero ¿sabes otra cosa? No soportaba la idea de que mi funeral lo celebrases tú. Qué eres cura porque hoy en día cogen a cualquiera, que si no... todas esas ideas tontas, tu dichosa guitarrita... seguro que solo es una excusa para camelarte a las jovencillas. Sí... a los de tu clase yo los veo venir.

De entre las sombras de la capilla del evangelio salió la corpulenta figura del amigo de Doña Angelines.

—Robert ha venido conmigo esta tarde. Pero él no quiere confesarse.

José Orlando se levantó apresuradamente del banco, apenas consiguió ponerse en pie, corrió como nunca sobre las baldosas de mármol, que pronto descubrió resbalaban muchísimo. Robert no necesitó ni esforzarse para hacerse con él e inmovilizarle. Rápidamente le inyectó algo. Orlando nunca sabría que era. Solo oyó un susurro tranquilizador por parte del antiguo boina verde.

—Tranquilo, será rápido. No somos animales.